

brillante). Friedman terminó recluido en un sanatorio: destino nada extraño para la gente que vive obsesionada por descifrar

reconocido sinólogo Stephen Albert, para que así su apellido aparezca en los titulares de los periódicos ingleses, y el jefe de Yu Tsun pueda descifrar el enigma. Irónicamente, Albert es, a su modo, un gran criptoanalista, y acaba de resolver el enigma del laberinto propuesto siglos atrás por Ts'ui Pen, un ilustre antepasado de Yu Tsun. Para Albert, el laberinto de Ts'ui Pen es un libro, una novela caótica en la que el tiempo es un "jardín de senderos que se bifurcan". Ts'ui Pen no creía en un tiempo uniforme, sino en "una red creciente de tiempos divergentes, convergentes y paralelos... que se aproximan, se bifurcan, se cortan o... secularmente se ignoran, abarca[ndo] todas las posibilidades". En uno de esos tiempos, Albert y Yu Tsun son amigos; en otro, enemigos; en otro, no existen. Yu Tsun comprende, antes de matar a Albert, que al descifrar el laberinto de su antepasado, Albert también ha descifrado a Yu Tsun. La victoria del espía-criptógrafo es, en el fondo, la victoria del criptoanalista (victoria acompañada, como suele ocurrir en Borges, de la muerte).

Otra versión del criptoanalista se puede encontrar en *Respiración artificial* (1980), la novela de Ricardo Piglia en la que hace su aparición tangencial Arocena, el censor del gobierno que lee las cartas de supuestos opositores en busca del "mensaje cifrado... debajo de lo escrito, encerrado entre las letras, como un discurso del que sólo pudieran oírse fragmentos, frases aisladas, palabras sueltas en un idioma incomprendible, a partir del cual había que reconstruir el sentido". Los criptoanalistas son, como Arocena, lectores paranoicos, gente que cree que los textos, las imágenes, el mundo se hallan sobresaturados de mensajes secretos a la espera de sus descifradores. "Toda información parece simple ruido hasta que uno descubre el código", dice un personaje de Neal Stephenson –ese magnífico Pynchon para la generación cyberpunk– en su novela *Snow Crash*. Con la esperanza de descubrir el código, muchos criptoanalistas han terminado en el delirio, perdiendo sus facultades mentales: aparte de Friedman, el ejemplo más obvio es el inglés Albert Turing, quien, para desarticular Enigma –la poderosa máquina que los nazis utilizaban para cifrar sus mensajes–, terminó inventando el prototipo de la computadora. Si Piglia recuperara a Arocena para una futura novela, lo más probable sería encontrarlo recluido en un manicomio, buscando en las blancas paredes de su habitación los secretos de la escritura secreta.

secretos

de la escritura

secreta

**Vivimos en una época de códigos.** En suficiente pensar en el éxito popular de *El código Da Vinci*, en el hecho de que todos los días una computadora o un cajero automático nos pide nuestra contraseña para acceder a documentos personales o nuestra cuenta de banco, en la obsesión con que los servicios de inteligencia norteamericanos escuchan conversaciones casuales entre musulmanes buscando la palabra clave que revelará el lugar del próximo ataque de Al Qaeda. Vivimos en tiempos paranoicos, sospechamos que nuestros amigos, nuestra pareja, nuestro gobierno nos engaña; el lenguaje, ese gran instrumento para la comunicación, se nos revela también como un arma sofisticada para el engaño. El universo se nos revela como un gran enigma: es cuestión de un poco de esfuerzo para encontrar su sentido. O sus sentidos, porque todo puede tener un doble o triple sentido. Eso lo sabía William David Friedman, el gran criptoanalista norteamericano que descifró los códigos secretos de los japoneses durante la segunda guerra mundial y que luego organizó lo que vendría a ser con el tiempo, la poderosa National Security Agency, encargada de escuchar las conversaciones de otros gobiernos y de ciudadanos sospechosos (pocos saben que la NSA tiene más presupuesto que la CIA y el FBI, agencias harto más conocidas). Friedman no podía leer el periódico sin pensar que escondido entre los titulares se hallaba un mensaje secreto (alguien se inspiró en esto para una escena similar en *Una mente*

esa clave que se esconde en las palabras, en las imágenes que bullen en torno nuestro.

Los criptógrafos y los criptoanalistas son personajes con mucho potencial literario, pues en su enfrentamiento se puede condensar una de las formas más estimulantes de entender la literatura: como una lucha entre alguien que cifra un texto (el criptógrafo), y otra persona que intenta descifrar el mensaje escondido en ese texto (el criptoanalista). Jorge Luis Borges, por supuesto, se dio cuenta de ello antes que el resto: toda su obra puede leerse como una gran metáfora de la continua disputa, a lo largo de los siglos y a través de los continentes, entre aquellos dedicados a cifrar mensajes y los que buscan descifrar esos mensajes en procura de la Revelación. En Borges suelen ganar los criptógrafos, o en todo caso el Criptógrafo que está detrás de los criptógrafos; los criptoanalistas –que son, entre otras cosas, hermeneutas de todo tipo: teólogos, intelectuales, detectives–, a veces triunfan y llegan a la Revelación, pero ese triunfo trae consigo la muerte –*La muerte y la brújula*–, la locura –*El Zahir*–, o el silencio de los místicos –*La escritura de Dios*–. Los triunfos de Borges son irónicos, agrídulces.

Uno de los cuentos de Borges que toca el tema de manera directa es *El jardín de senderos que se bifurcan*, relato de espías ambientado durante la primera guerra mundial. Yu Tsun debe, "a través del estrépito de la guerra", enviar a Berlín el nombre de la ciudad a atacar (en ella se encuentra el nuevo parque de artillería británico sobre el Ancre). La ciudad se llama Albert, y Yu Tsun encuentra una forma ingeniosa de cifrar su mensaje: asesinando al

palabras  
Edmundo Paz Soldán  
Cochabamba 71  
escritas

le decimos lee.al pueblo no le decimos cree, le decimos lee.al pueblo no le decimos cree,